

CATALUÑA

Lúcidas multitudes, espejismos masivos

La quiebra que desde hace años sufrimos tiene varias dimensiones, aparte de la económica. La ciudadanía siente miedo, porque a la erosión de las clases medias y a la humillación de las subalternas se añade la insostenible corrupción del sistema político, sumada a la del imaginario que sostenía la carpa del tinglado entero. Y además porque en el fondo barrunta, más que entiende, de qué fuentes brota el pandemio: de un lado, una globalización que está minando por fuera y por dentro el relativo bienestar europeo; y por otro, un desolador espíritu del tiempo señalado por la ruina de los ideales emancipatorios y la deshumanización, que deja al común inerme ante la cínica depredación que por doquier impera.

Ahí está el frustrante, por no decir grotesco papel que las presuntas izquierdas están interpretando en la farsa en curso —léase PSC, ICV y también las CUP, por supuesto; ERC es soberanista a secas—, sumidas en la irrelevancia cuando no embaucadas por el nacionalismo étnico y su furor divisorio, que finge ser la única redención factible. Guardamos a la auténtica izquierda, pues, por más que no dé señales de vida en el viejo oasis.



ALBERT CHILLÓN

En la muchedumbre soberanista podemos encontrar tanto lucidez democrática y plural como unanimismo y gregarismo demagógico

Aquí, ya se sabe, todo el malestar que la gran estafa genera se resume en la ominosa entidad España, espantajo preferido por el establecimiento político que —gracias a la inestimable ayuda del rancio españolismo *sociata* y ante todo *pepero*— ha hinchado el velamen de la rebelión de masas en marcha mediante su industria de la persuasión, sistema educativo incluido. Así las cosas, el rasgo más significativo de los días que galopan es el protagonismo que

las muchedumbres han cobrado en la pública gobernanza. Y, de su mano, la mixtificación que ha ido cundiendo a medida que el rugiente gentío —traducido en “mandato democrático” por quienes antes lo inspiraron durante decenios— ha ido adueñándose del teatro de la convocante historia, a cuyos actores insta, ordena y sanciona. Y de cuya función principal parece —solo parecer— ser autor y divo al tiempo.

El deslumbrante escenario, sin embargo, eclipsa lo que pasa entre bastidores. Durante la primera mitad del siglo XX, los fenómenos de masificación suscitaban viva inquietud y diagnósticos de signo diverso, de Le Bon a Canetti pasando por Ortega, Freud, Arendt, Adorno y Riesman. De acuerdo con su deplorable elitismo, los pensadores más reaccionarios vieron la masa como entidad dada *a priori*, una turba gregaria y fanática integrada por los estratos menesterosos de la población; los más lúcidos y progresistas, en cambio, la juzgaron fruto del capitalismo embrutecedor, convencidos de que nadie nace hombre-masa, sino que es degradado por el entorno a tal condición. Freud, a la sombra de Le Bon, observó que los individuos aglomerados son proclives a abju-

rar de su yo —y del uso crítico de la razón— en aras de un *nosotros* idealizado y fanático que suelen encarnar en una causa o mesías. Ortega matizó que nadie es masa por su patrimonio o cuna, sino por su talante: súbdito que se sueña ciudadano aunque sea incapaz de asumir la exigencia que, a la hora de pensar y actuar, ese estatus requiere. Y Canetti agregó que la masa se distingue porque en ella “reina la igualdad”, “siempre quiere crecer”, “ama la densidad” y “necesita una dirección”.

No obstante, dado que la confusión reina al respecto, conviene reparar en que los fenómenos de aglomeración no son alienantes siempre ni *per se*, y en que pueden dar lugar a multitudes críticas, articuladas y conscientes, como Toni Negri vindica. Esta distinción permite comprender los que ahora mismo copan la coyuntura en Cataluña, ya que en la muchedumbre soberanista se entretienen ambos mimbres: de un lado, la lucidez democrática y pluralista que supone toda multitud; y de otro, el gregarismo demagógico y unanímista que cualquier masa implica. De ahí que leerla en una sola clave sea un error garraful, motivo de graves entuertos. Y de ahí que sea tan indispensable ponderarla con todo respeto y realis-

mo —en Barcelona y también en Madrid, claro es— como evitar la tentación de sacralizarla para convertirla en fuente principal de legitimación política.

Vivimos desde hace décadas en sociedades subyugadas por la ilógica del espectáculo y de la estetización a ultranza, en las que los simulacros culminan su apoteosis, y en las que el narcisista *selfie* ha devenido un espejismo colectivo, así mismo. Casi todos los estudiosos de los medios de persuasión coinciden en constatar que, lejos de limitarse a referir lo que ocurre, tienden a inducirlo y hasta a producirlo a veces, por mucho que tanto el establecimiento que los ampara como ellos mismos lo nieguen tres veces.

La suerte de una entera sociedad no puede depender del inaceptable mandato democrático de una de sus porciones, a no ser que medien el debate y las urnas, ni de la espiral de masificación que su industria de la conciencia alienta. Debería ser la hora de las multitudes lúcidas, plurales y solidarias. Y la de la regeneración de las instituciones. Sin ellas no hay democracia ni ciudadanía plausibles.

Albert Chillón es profesor de la UAB y escritor.

Exigimos un pacto

Las nuevas cifras de pobreza en Cataluña publicadas por el IDESCAT demuestran que cada día hay más personas que viven en situación de pobreza y que Cataluña es un país más pobre que hace un año. Está aumentando la crisis social en nuestro país. Las cifras demuestran lo que las entidades sociales vemos cada día y hace meses que denunciamos. Los indicadores publicados exponen, una vez más, que la pobreza es un problema de país.

La pobreza en Cataluña es extensa, severa y crónica y la situación social que vive el país está poniendo a prueba a las entidades sociales de Cataluña. La situación actual ha generado un nuevo paradigma social y político: las entidades sociales catalanas aceptamos este cambio de época —porque es un hecho—, pero no aceptaremos que este cambio de época acabe provocando una pérdida ni un debilitamiento de los derechos sociales.

La situación actual también tiene que provocar que todos los actores de la sociedad: las Administraciones, las empresas, el tercer sector y los otros agentes sociales, y la ciudadanía repensemos nuestra acción colectiva e individual y construyamos, entre todos, una salida de la crisis más igualitaria y más justa para todo el mundo.

Para construir un futuro de progreso para las personas todos tenemos que tener muy claro que ahora, más que nunca, la inversión social es la clave para el desarrollo económico y la calidad de la democracia. Sin cohesión so-



ÀNGELS GUITERAS

En cuatro años los grupos políticos no han sido capaces de llegar a un mínimo acuerdo para luchar contra la pobreza

cial, sin política social y sin avanzar en derechos no tendremos un desarrollo económico estable y sostenido. Tenemos que construir una ciudadanía que defienda la justicia social en primera persona y participe conjuntamente con los gobiernos en la construcción colectiva de una sociedad mejor y menos desigual. La situación es crítica. O avanzamos en derechos, o retrocedemos y adelgazamos el Estado del Bienestar.

Tenemos que avanzar, y lo tenemos que hacer entre todos y todas. Ni la sociedad civil sola lo puede sostener, ni tampoco podemos esperar que todo lo hagan los gobiernos. Necesitamos unos gobiernos con responsabilidad

pública, para los cuales el fortalecimiento de la sociedad civil y el tercer sector sea una prioridad. Necesitamos un tercer sector fuerte, eficiente, plural y cooperado con la Administración, y necesitamos una ciudadanía cada vez más comprometida socialmente.

En Cataluña, casi 1,5 millones de personas viven en situación de pobreza; 554.600 personas no tienen ningún ingreso en nuestro país (185.000 más que hace 5 años) y somos la comunidad autónoma con más desahucios en toda España.

Además, vivimos un proceso de proletarización de las clases medianas y empobrecimiento de las clases trabajadoras. Las entidades sociales que atendemos a más de dos millones de catalanes hemos visto cómo ha bajado la financiación pública de nuestras acciones, pero a la vez hemos ganado complicidad ciudadana. A día de hoy contamos con la complicidad de 300.000 voluntarios y voluntarias y, día a día, conseguimos más presencia pública y más visibilidad.

Hace falta que las Administraciones cumplan con sus compromisos de pago y poder conocer un calendario para poder planificar nuestras acciones y evitar nuevos problemas de tesorería que pondrían en peligro la atención de los colectivos más vulne-

rables de la sociedad. Desde el Tercer Sector decimos que “hacemos mucho con poco”, pero no aceptamos hacer nada con menos, por responsabilidad social con las personas.

Para construir un futuro de progreso para las personas hace falta la ciudadanía y los poderes públicos tengan muy claro que ahora, más que nunca, la inversión social es la clave para el desarrollo económico y la calidad de la democracia. Sin cohesión social, sin política social y sin avanzar en derechos no tendremos un desarrollo económico estable y sostenido.

Las entidades sociales del país apostamos por un pacto contra la pobreza en Cataluña. Hace años que venimos reclamando este gran acuerdo, le damos pleno apoyo, y pedimos que sea lo más consensuado posible con los partidos políticos y los agentes sociales. Lamentamos que después de cuatro años hablando del pacto contra la pobreza, los grupos parlamentarios no hayan podido llegar ni a un acuerdo de mínimos. Realmente, ¿hay voluntad y unidad política para ir a la una en la lucha contra la pobreza?

Queremos que los derechos sociales tomen cada día más protagonismo en todos los medios informativos. Reclamamos que la lucha contra la pobreza y la reivindicación de los derechos sociales tengan un renovado protagonismo y sean una prioridad para el desarrollo social, económico y democrático. Hagamos entre todos y todas de la lucha contra la pobreza y las desigualdades la clave del progreso humano de nuestro país.

Àngels Guiteras Mestres es presidenta de la Taula de Entitats del Tercer Sector Social.



Comedor social en Horta. ¡CARLES RIBAS